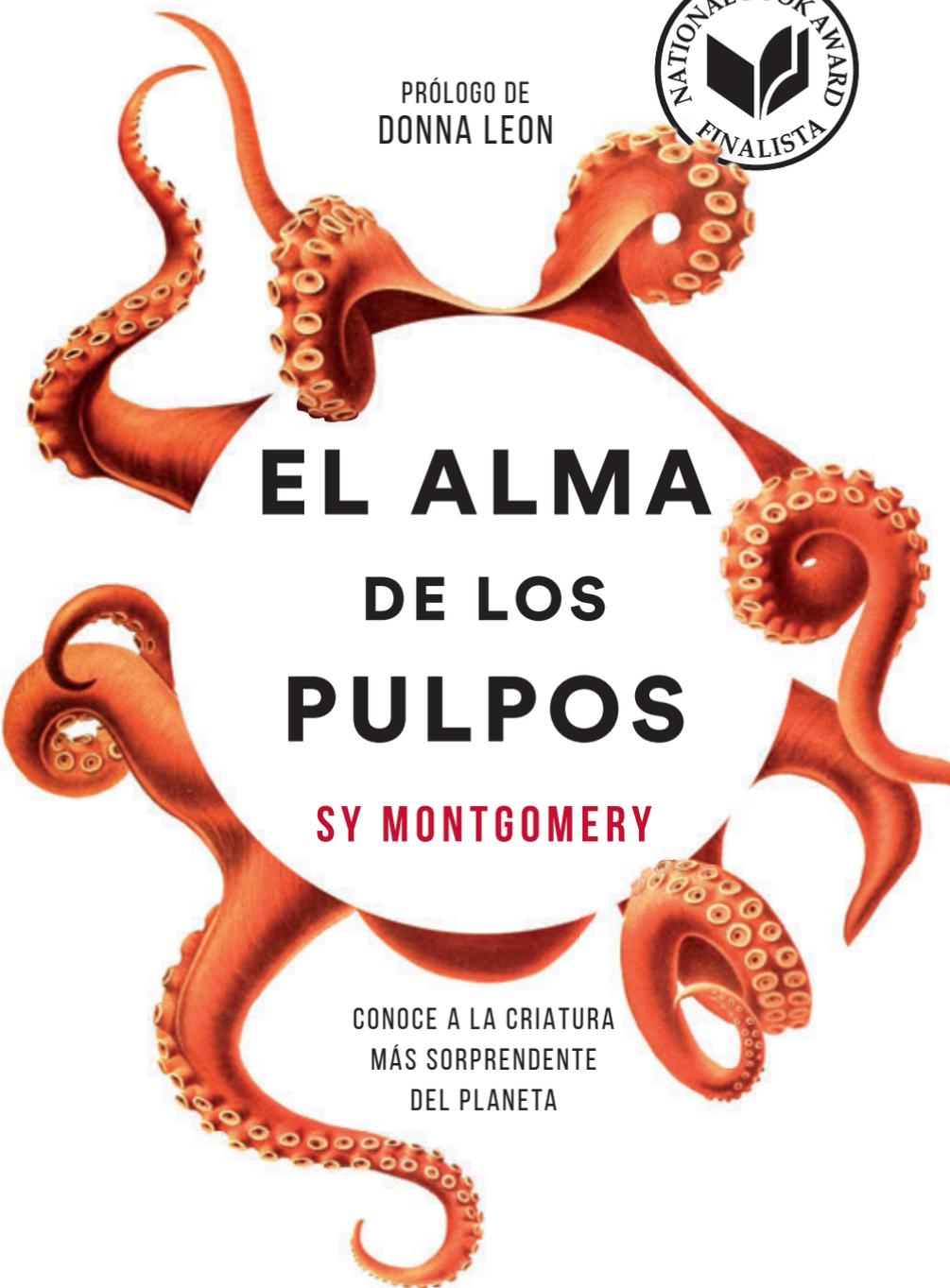


PRÓLOGO DE  
DONNA LEON

A detailed illustration of several orange octopus tentacles with suction cups, arranged in a circular pattern around the central text. The tentacles are shown in various curled and extended positions, creating a frame for the title.

# EL ALMA DE LOS PULPOS

SY MONTGOMERY

CONOCE A LA CRIATURA  
MÁS SORPRELENDE  
DEL PLANETA

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

---

# Sy Montgomery

## El alma de los pulpos

*Conoce a la criatura más sorprendente del mundo*

Traducción del inglés por  
María José Díez

---

Título original: *The Soul of an Octopus*

© Sy Montgomery, 2015

Publicado de acuerdo con Atria Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, María José Díez, 2018

© por la traducción del prólogo, Íñigo F. Lomana, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

© Imágenes de inicio de capítulo: Iada - Shutterstock

Canciones del interior:

pág. 236: © *Joy to the World*, © 2000 Universal Music Enterprises, una división de

UMG Recordings, Inc., interpretada por Three Dog Night

pág. 255: © *Roxanne*, © 2002 A&M Records Inc., interpretada por The Police

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-322-3424-8

Depósito legal: B. 20.629-2018

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Un día de mediados de marzo inusualmente cálido, cuando en Nuevo Hampshire la nieve empezaba a derretirse y convertirse en barro, fui a Boston, donde la gente paseaba por el puerto o estaba sentada en los bancos con cucuruchos de helado. Yo, sin embargo, cambié el agradable sol por el húmedo y tenue santuario del Acuario de Nueva Inglaterra. Tenía una cita con un pulpo gigante del Pacífico.

No sabía gran cosa de los pulpos, pero lo poco que sabía me intrigaba: es un animal que tiene veneno, como una serpiente, pico, como un loro, y tinta, como una pluma estilográfica. Puede pesar tanto como un hombre y ser tan largo como un coche, y sin embargo es capaz de introducir su ancho e invertebrado cuerpo por una abertura del tamaño de una naranja. Puede cambiar de color y de forma. Puede percibir el sabor de algo con la piel. Y, lo

---

más fascinante de todo: había leído que los pulpos son inteligentes. Esto confirmaba la escasa experiencia que yo ya tenía: al igual que muchas personas que van a ver pulpos en acuarios públicos, a menudo he tenido la sensación de que el pulpo al que estaba observando también me observaba a mí, con un interés tan vivo como el mío.

¿Cómo podía ser? Cuesta encontrar un animal más diferente del ser humano que un pulpo. Su cuerpo no está organizado como el nuestro. El nuestro es cabeza, cuerpo y extremidades; el de ellos, cuerpo, cabeza, extremidades. Tiene la boca en las axilas, o, si se prefiere comparar sus brazos con nuestras extremidades inferiores, en lugar de con las superiores, entre las piernas. Respiran agua. Tienen los apéndices cubiertos de diestras ventosas prensiles, una estructura que no tiene equivalente en ningún mamífero.

Y los pulpos no sólo se encuentran al otro lado de la gran división que separa a las criaturas vertebradas, como mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces, de todas las demás; dentro de los invertebrados, se clasifican como moluscos, igual que las babosas, los caracoles y las almejas, unos animales que no son lo que se dice famosos por su intelecto. Las almejas ni siquiera tienen cerebro.

Hace más de quinientos millones de años, la familia de la que descienden los pulpos y la de los humanos se separaron. ¿Sería posible, me preguntaba, comunicarse con un cerebro situado al otro lado de aquella división?

Los pulpos constituyen el gran misterio de esos «otros». Son como de otro planeta, y sin embargo su mundo —el océano— cubre la mayor parte de la Tierra (el 70 % de su superficie, más del 90 % de su espacio habitable). Casi todos los animales de este planeta viven en el océano. Y casi todos son invertebrados.

---

Quería conocer al pulpo. Quería tener contacto con una realidad alternativa. Quería explorar una clase de conciencia distinta, si es que existe tal cosa. ¿Cómo es ser un pulpo? ¿Se parece a ser un humano? ¿Es posible saberlo?

De manera que, cuando el jefe de relaciones públicas del acuario se reunió conmigo en el vestíbulo y se ofreció a presentarme a Atenea, el pulpo, tuve la sensación de ser una visitante privilegiada de otro mundo. Sin embargo, lo que empecé a descubrir ese día fue mi bello planeta azul: un mundo increíblemente ajeno, extraordinario y maravilloso, un lugar en el que por fin, después de medio siglo de vida en este planeta, gran parte de él como naturalista, acabaría sintiéndome como en casa.

El acuarista de Atenea no está, y me llevo una desilusión: el tanque del pulpo no lo puede abrir cualquiera, y hay un buen motivo: un pulpo gigante del Pacífico —el de mayor tamaño de las aproximadamente doscientas cincuenta especies de pulpos del mundo— puede dominar fácilmente a una persona. Una sola de las ventosas de algo más de siete centímetros y medio de un macho de gran tamaño puede levantar unos trece kilos, y un pulpo gigante del Pacífico tiene mil seiscientas ventosas. La mordedura de un pulpo puede inocular un veneno neurotóxico, así como una saliva que posee la capacidad de deshacer la carne. Y, lo peor de todo, un pulpo puede aprovechar la ocasión para escapar de un tanque abierto, y un pulpo fugado supone un gran problema tanto para el animal como para el acuario.

Por suerte, Scott Dowd me ayudará. Alto y corpulento, de cuarenta y pocos años, con una barba entrecana y unos vivos ojos azules, Scott es el acuarista de la Galería

---

de Agua Dulce, que no está muy lejos de la Galería de Agua Marina Fría, donde vive Atenea. Scott acudió por primera vez al acuario cuando aún llevaba pañales, el día de su apertura, el 20 de junio de 1969, y podríamos decir que no volvió a salir de allí. Conoce personalmente a casi todos los animales del acuario.

Atenea tiene unos dos años y medio y pesa algo menos de veinte kilos —informa Scott mientras levanta la pesada tapa del tanque—. Subo los tres pequeños peldaños de una escalerilla móvil y me asomo para ver. Atenea mide un metro y medio de longitud. Su cabeza —y con «cabeza» me refiero a la cabeza en sí y al manto, o cuerpo, porque ahí es donde nosotros, los mamíferos, esperamos que esté la cabeza de un animal— es del tamaño de una sandía pequeña. «O al menos un melón verde —puntualiza Scott—. Cuando llegó aquí, era como un pomelo.» El pulpo gigante del Pacífico es uno de los animales de crecimiento más rápido del planeta. A partir de un huevo tan pequeño como un grano de arroz, en tres años puede llegar a ser más largo y pesado que un hombre adulto.

Cuando Scott abre la tapa, Atenea ya ha salido del rincón más apartado de su tanque de más de dos mil litros de agua para investigarnos. Aferrándose al rincón con dos tentáculos, despliega los demás, con todo el cuerpo rojo debido al nerviosismo, y llega a la superficie. Tiene las blancas ventosas boca arriba, como si fuera una persona lista para dar un apretón de manos.

—¿Puedo tocarla? —pregunto a Scott.

—Claro —contesta. Me quito el reloj y el fular, me subo las mangas de la camisa y meto los dos brazos hasta el codo en el agua, que está tremendamente fría, a 8 °C.

Retorciéndose y gelatinosos, sus brazos se elevan en el agua, buscando los míos. En un segundo, mis manos y

---

antebrazos se ven cubiertos por decenas de ventosas suaves, curiosas.

Esto no sería del agrado de todo el mundo. Al naturalista y explorador William Beebe le resultaba repulsivo tocar un pulpo. «Siempre me cuesta hacer que mis manos cumplan su cometido y cojan un tentáculo», confesaba. Victor Hugo lo imaginaba como un auténtico horror abocado a un desastre seguro. «Es una pesadilla horrible. El tigre no puede hacer más que devorarnos; el pulpo, ¡qué horror!, nos aspira», escribió en *Los trabajadores del mar*. «Los músculos de la víctima se hinchan, sus fibras se retuercen, su tegumento estalla bajo una pesadumbre inmundada, la sangre brota y se mezcla de una forma espantosa con la linfa del molusco. La fiera se sobrepone a su presa por mil bocas infames...» El miedo a los pulpos está profundamente arraigado en el cerebro humano. «No hay un animal más salvaje a la hora de causar la muerte del hombre en el agua —escribió Plinio el Viejo en su *Historia natural*, en torno al año 79 d. C.—, ya que forcejea con él enroscándose a su cuerpo y lo engulle con sus ventosas y lo despedaza...»

Sin embargo, la succión de *Atenea* es delicada, aunque insistente. Me chupa como el beso de un alienígena. Esa cabeza que tiene el tamaño de un melón sube a la superficie, y su ojo izquierdo —los pulpos tienen un ojo dominante, igual que las personas tienen una mano dominante— gira en su cuenca para clavarse en los míos. La pupila, negra, es un guion grueso dentro de un globo perlado. La expresión de su ojo me recuerda a la que se ve en las pinturas de los dioses hindúes: serena, omnisciente, cargada de una sabiduría que va más allá del tiempo.

—Te está observando —apunta Scott.

Sosteniéndole la brillante mirada, alargo instintivamente la mano para tocarle la cabeza. «Elástica como el

---

cuero, sólida como el acero, fría como la noche», escribió Victor Hugo sobre la carne del pulpo; sin embargo, para mi sorpresa, la cabeza es sedosa y blanda como un flan. La piel tiene motas rubías y plateadas, un cielo nocturno reflejado en ese mar oscuro como el vino. Al acariciarla con la yema de los dedos, la piel se le pone blanca. El blanco es el color de un pulpo relajado, en el caso de las sepias, parientes cercanos de los pulpos, las hembras se vuelven blancas cuando se topan con otra hembra, alguien con quien no sienten la necesidad de pelear y de quien no tienen que huir.

De hecho, es posible que Atenea sepa que soy hembra. Los pulpos hembra, como las mujeres, tienen estrógenos; podía estar detectando e identificando los míos. Los pulpos tienen el sentido del gusto en todo el cuerpo, pero lo tienen más desarrollado en las ventosas. El de Atenea es un abrazo extremadamente íntimo. Me toca y me saborea la piel, y posiblemente los músculos, los huesos y la sangre dentro de mí. Aunque acabamos de conocernos, Atenea ya me conoce como nadie me ha conocido antes.

Y parece sentir la misma curiosidad por mí que yo por ella. Poco a poco pasa de tocarme con las ventosas de menor tamaño, exteriores, que tiene en la punta de los tentáculos, a hacerlo con las más grandes y fuertes, más cercanas a la cabeza. Ahora me veo inclinada en un ángulo de 90°, doblada como un libro entreabierto, mientras estoy de pie en la escalerilla. Me doy cuenta de lo que está pasando: Atenea está tirando de mí firmemente hacia el tanque.

Me iría con ella encantada, pero por desgracia no encajaría en su mundo. Su guarida se encuentra debajo de un saliente rocoso, y ella puede entrar deslizándose como si fuera agua, pero yo no, constreñida como estoy por hue-

---

sos y articulaciones. El agua del tanque me llegaría por el pecho, si estuviese de pie, pero tal y como tira de mí, me encontraría boca abajo, iría a parar al agua de cabeza y no tardaría en enfrentarme a las limitaciones de unos pulmones ávidos de aire. Al preguntarle si debería intentar soltarme, Scott nos separa con suavidad, y las ventosas de Atenea hacen ruiditos secos, como pequeños desatasca-dores, al retirarse de mi piel.

«¡¿Un pulpo?! Pero ¿no son monstruos? —me preguntó alarmada mi amiga Jody Simpson al día siguiente, cuando íbamos dando un paseo con los perros—. ¿No te dio miedo?» La pregunta no reflejaba tanto el desconocimiento del mundo natural como los conocimientos imperantes en la cultura occidental.

El miedo a los pulpos gigantes y a su pariente, el calamar gigante, lleva presente en distintas formas artísticas occidentales desde el siglo XIII, con las leyendas islandesas, hasta el siglo XX, con películas americanas. El enorme *hafgufa*, que «engulle hombres y navíos y ballenas y todo cuanto encuentra a su alcance», de la antigua saga islandesa de Örvar-Oddr, que sin duda se inspira en algún molusco con tentáculos, dio lugar al mito del Kraken. Relatos de marineros franceses sobre pulpos gigantes que atacan su barco frente a las costas de Angola invocaron una de las imágenes del pulpo que más ha perdurado en la memoria moderna, una imagen que los marineros aún se tatúan en los brazos: el icónico dibujo a pluma de 1801 del experto en moluscos Pierre Dénys de Montfort muestra un pulpo gigante que surge del océano, con los tentáculos enroscándose en amplios lazos alrededor de los tres mástiles de una goleta. El malacólogo afirmaba

---

que existían al menos dos especies de pulpos gigantes, una de las cuales, concluía, sin duda era responsable de la desaparición de al menos diez buques de guerra británicos que se desvanecieron misteriosamente una noche de 1782. (Para escarnio público de Montfort, más adelante un superviviente reveló que la realidad era que se habían perdido en un huracán.)

En 1830, Alfred Tennyson publicó un soneto sobre un pulpo monstruoso: «pulpos innumerables y desmedidos baten / con brazos gigantesco / la verdosa inmovilidad». Y, claro está, un pulpo fue la estrella antagonista de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, la novela de ciencia ficción que escribió Julio Verne en 1870. Aunque en la película homónima de 1954 el pulpo se convierte en un calamar gigante, John Williamson, el hombre que rodó las secuencias subacuáticas de la primera película, que se estrenó en 1916, dijo esto del villano original de la novela: «Un tiburón devorahombres, una morena enorme con dientes venenosos y una barracuda asesina se antojan inofensivos, inocentes, amistosos e incluso atractivos si se los compara con el pulpo. No hay palabras que puedan describir de manera precisa el inmenso terror que se siente cuando, desde una guarida oscura y misteriosa, lo miran a uno los grandes ojos sin párpados del pulpo... Incluso el alma parece encogerse ante su mirada, y un sudor frío te perla la frente».

Deseosa de defender al pulpo que durante siglos ha ido arrastrando la imagen de una personalidad asesina, respondí a mi amiga: «¿Monstruos? ¡Qué va!». La definición de monstruo que dan los diccionarios siempre menciona las palabras *grande*, *feo* y *espantoso*. Para mí, Atenea era bella y buena como un ángel. Incluso el adjetivo *grande* es discutible en lo tocante a los pulpos. La especie de

---

mayor tamaño, el gigante del Pacífico, no lo es tanto como antaño. Es posible que en su día existiera un pulpo que midiese más de cuarenta y cinco metros de envergadura, pero el de mayor longitud que figura en el *Libro Guinness de los récords* pesaba 136 kilos y medía 9,7 metros de ancho. En 1945, un pulpo mucho más pesado capturado frente a las costas de Santa Bárbara, California, al parecer alcanzó los 182 kilos. Una fotografía del animal, situado junto a un hombre para poder comparar tamaños, apunta a una envergadura de entre seis y siete metros únicamente. Sin embargo, ni siquiera estos gigantes modernos logran estar a la altura de su pariente molusco más cercano, el colosal calamar. Un ejemplar de esta especie, capturado recientemente por un pesquero neozelandés que faenaba frente a las costas de la Antártida, pesaba más de cuatrocientos cincuenta kilos y medía más de nueve metros. En la actualidad, los amantes de los monstruos lamentan que los pulpos de mayor tamaño, al parecer, se capturaran hace más de medio siglo.

Cuando describí la elegancia, la delicadeza y la aparente cordialidad de Atenea, Jody se mostró escéptica. Un cefalópodo enorme y viscoso cubierto de ventosas para ella era un monstruo. «Bueno —concedí, cambiando de enfoque—, ser un monstruo no es necesariamente algo malo.»

A mí siempre me han gustado los monstruos. Incluso de pequeña animaba a *Godzilla* y a *King Kong* en lugar de a las personas que intentaban matarlos. A mi modo de ver, el enfado que tenían esos monstruos era de lo más razonable. A nadie le gusta que lo despierte una explosión nuclear, así que no me extrañaba que *Godzilla* estuviera de mal humor; en cuanto a *King Kong*, pocos hombres podrían culparlo de que se sintiera atraído por la guapa Fay

---

Wray. (Aunque sus gritos habrían acabado echando para atrás a cualquiera menos paciente que un gorila.)

Si se adoptaba el punto de vista de los monstruos, todo cuanto hacían tenía sentido. El truco estaba en aprender a pensar como un monstruo.

Después de nuestro abrazo, Atenea volvió a su guarida y yo bajé algo insegura los tres peldaños de la escalerilla. Me quedé quieta un momento, casi mareada, y respiré hondo. Lo único que pude decir fue: «Vaya».

«Su forma de ofrecerte la cabeza ha sido algo poco común —comentó Scott—. Me ha sorprendido.» Me dijo que los dos últimos pulpos que habían vivido en ese sitio, Truman y, con anterioridad a él, George, sólo ofrecían los brazos a los visitantes, no la cabeza.

El comportamiento de Atenea resultaba especialmente sorprendente dada su personalidad. Truman y George eran pulpos tranquilos, pero Atenea se había ganado el nombre que le habían puesto, el de la diosa griega de la guerra y la estrategia. Era un pulpo especialmente enérgico: muy activo y propenso al nerviosismo, emoción que mostraba haciendo que su piel se volviera desigual y roja.

Los pulpos tienen una personalidad propia, y esto es algo que a menudo se ve reflejado en el nombre que les ponen sus cuidadores. En el Acuario de Seattle había un pulpo gigante del Pacífico que se llamaba Emily Dickinson porque era tan tímida que se pasaba el día escondida al fondo de su tanque; los visitantes casi nunca la veían. La acabaron liberando en el estrecho de Puget, el lugar donde había sido capturada. Había otro que se llamaba Leisure Suit Larry, como la famosa saga de aventuras gráficas: en cuanto un cuidador lograba quitarse de encima uno de

---

los curiosos brazos del cuerpo, aparecían dos más en su lugar. Un tercero se ganó el nombre de Lucretia MacEvil porque siempre ponía el tanque patas arriba.

Los pulpos se dan cuenta de que los seres humanos también tienen su propia personalidad: hay quienes les caen bien y quienes no. Y se comportan de manera distinta con aquéllos a los que conocen y en quienes confían. Aunque recelaba un tanto de los visitantes, George se mostraba relajado y amistoso con su cuidador, el acuarista Bill Murphy. Antes de ir, yo había visto un vídeo de los dos juntos que el acuario había subido a YouTube en 2007: George estaba suspendido en la parte superior del tanque, palpando con delicadeza a Bill con sus ventosas, mientras el alto y larguirucho acuarista se inclinaba para acariciarlo y rascarlo. «Lo considero un amigo —decía Bill al cámara mientras recorría la cabeza de George con sus dedos—, porque paso mucho tiempo interactuando con él, ocupándome de él, y lo veo a diario. A algunas personas los pulpos les parecen horripilantes y viscosos —añadía—, pero a mí me gustan mucho. En algunas cosas son como los perros. Le acaricio la cabeza y le rasco la frente y le encanta.»

Un pulpo no tarda mucho en saber quiénes son sus amigos. En un estudio, Roland Anderson, el biólogo del Acuario de Seattle, expuso a ocho pulpos gigantes del Pacífico a dos seres humanos desconocidos vestidos de manera idéntica, con los uniformes azules del acuario. Uno de ellos alimentaba sistemáticamente a un pulpo en concreto y el otro siempre lo tocaba con un palo puntiagudo. Al cabo de una semana, nada más verlos —mirándolos a través del agua, sin tan siquiera tocarlos o palparlos—, la mayoría de los pulpos se movía hacia el cuidador que les daba de comer y se alejaba del que los molestaba. A ve-

---

ces los pulpos apuntaban con su conducto disparador de agua, el sifón situado cerca del lateral de la cabeza con el que se propulsan por el mar, a la persona que lo había tocado con el palo.

De cuando en cuando, un pulpo le coge manía a una persona en concreto. En el Acuario de Seattle había una bióloga que, cada noche que pasaba a ver cómo estaba un pulpo por lo general amistoso, era recibida con un chorro de agua salada dolorosamente fría disparado a través del conducto. El pulpo le echaba el agua a ella y sólo a ella. Los pulpos en libertad utilizan el sifón no sólo para propulsarse, sino también para rechazar aquello que no les gusta, igual que uno podría utilizar un soplanieves para retirar la nieve de una acera. Posiblemente al pulpo le molestara la linterna que empleaba la bióloga por la noche. Una voluntaria del Acuario de Nueva Inglaterra recibía siempre este mismo trato por parte de Truman, que le lanzaba un gran chorro de agua salada cada vez que la veía. Un tiempo después, la voluntaria dejó de acudir al acuario cuando empezó a ir a la universidad. Meses más tarde, volvió de visita, y Truman —que mientras tanto no había calado a nadie— la empapó de nuevo.

La idea de que los pulpos tengan pensamientos, sentimientos y personalidad inquieta a algunos científicos y filósofos. No hace tanto tiempo que la mayoría de los investigadores se ha dignado admitir que los chimpancés, tan similares a los seres humanos que hasta podemos compartir transfusiones de sangre, tienen cerebro. La noción que expuso en 1637 el filósofo francés René Descartes de que sólo las personas piensan (y, por tanto, sólo las personas existen en el universo moral: «*Je pense, donc je suis*») sigue estando tan presente en la ciencia moderna que incluso Jane Goodall, una de las científicas que gozan de

---

mayor reconocimiento en el mundo, se sintió demasiado intimidada para publicar algunas de las observaciones más fascinantes sobre los chimpancés salvajes que llevó a cabo durante veinte años. En los exhaustivos estudios que realizó en la reserva de chimpancés del río Gombe, en Tanzania, Goodall había observado en numerosas ocasiones a chimpancés en libertad que se engañaban mutuamente a propósito, por ejemplo, reprimiendo un grito que indicaba que habían encontrado alimentos para impedir que otros dieran con la fruta. Si tardó tanto tiempo en dar a conocer este hecho fue por temor a que otros científicos la acusaran de antropomorfizar —conceder cualidades humanas— a sus objetos de estudio, un pecado capital en la biología. He hablado con otros investigadores de Gombe que todavía no han publicado algunos de sus descubrimientos de los años setenta por miedo a que sus colegas científicos no los crean.

«Siempre se intenta minimizar las emociones y la inteligencia de otras especies», afirmó Tony LaCasse, jefe de relaciones públicas del Acuario de Nueva Inglaterra, después de que yo conociera a Atenea. «Los prejuicios son especialmente fuertes contra peces e invertebrados», convino Scott. Seguimos la rampa que recorre en espiral el Tanque Gigante del Océano, conocido cariñosamente como GOT,\* la recreación de tres plantas y más de setecientos cincuenta mil litros de un arrecife caribeño que constituye el pilar del acuario. Tiburones, rayas, tortugas y bancos de peces tropicales se deslizaban como si estuviera soñando despierta mientras rompíamos el tabú científico y hablábamos de cerebros que según muchos no existen.

\* Por las siglas de su nombre en inglés, Giant Ocean Tank. (*N. de la t.*)

---

Scott se acordaba de un pulpo cuyos taimados pillajes rivalizaban con los de los chimpancés tramposos de Goodall. «Había un tanque de lenguados especiales a unos cuatro metros y medio del tanque del pulpo», contó. Los peces formaban parte de un estudio, pero, para consternación de los investigadores, los lenguados empezaron a desaparecer, uno a uno. Un día pillaron a la culpable con las manos en la masa. El pulpo se había estado escabullendo del tanque y se había estado comiendo los lenguados. Cuando lo descubrieron, Scott dijo: «Con expresión de culpabilidad, mirando de soslayo, se marchó».

Tony me habló de Bimini, una hembra de tiburón nodriza de gran tamaño que había vivido en el Tanque Gigante del Océano. Un día el tiburón atacó a una de las anguilas morenas moteadas del tanque y se puso a dar vueltas con la cola de su víctima saliéndole por la boca. «Uno de los buzos que conocía bien a Bimini la regañó meneando un dedo y a continuación le dio en el morro», me contó Tony. En respuesta, Bimini regurgitó en el acto la anguila. (Aunque la llevaron a toda prisa al veterinario del acuario para recibir tratamiento de urgencia, por desgracia no pudieron salvarla.)

En una ocasión nos sucedió algo parecido con Sally, nuestra border collie. Se topó con un ciervo muerto en el bosque y decidió comérselo. Enfadada, cuando le ordené que lo soltara, me obedeció en el acto, vomitándolo. Siempre me había sentido orgullosa de lo obediente que era, pero ¿un tiburón?

Los tiburones no se comen los peces del tanque porque están bien alimentados. «Pero a veces a se comen a otros animales o les hacen daño por otros motivos aparte del hambre», me informó Scott. Un día, un grupo de palometas —peces alargados, planos y brillantes, cuya aleta

---

dorsal tiene forma de guadaña— estaba armando jaleo cerca de la superficie del Tanque Gigante del Océano. «Hacían mucho ruido y estaban provocando un gran alboroto —relató Tony—. Uno de los tiburones toro subió como un cohete a la superficie para atacar a los peces, mordiendo las aletas, pero no llegó a matarlos ni a comérselos. Al parecer, el tiburón sólo estaba enfadado. Fue un mordisco para demostrar su dominio, no de depredador», aclaró Tony.

Para muchas personas, el tema que estábamos tratando es una herejía. Los escépticos tienen razón cuando señalan que resulta fácil malinterpretar a los animales, incluso a los que más se parecen a nosotros. Hace años, cuando visité el centro de investigación de Biruté Galdikas, en Borneo, donde orangutanes que habían vivido en cautividad aprendían a vivir en la jungla, una voluntaria americana nueva, locamente enamorada de los peludos primates anaranjados, se acercó a una hembra adulta para darle un abrazo. La hembra levantó a la voluntaria y la dejó caer con fuerza contra el suelo. La señora no fue consciente de que a aquella orangután no le apetecía que la tocara un desconocido.

Resulta tentador dar por sentado que los animales sienten como sentimos nosotros, sobre todo cuando queremos caerles bien. Un amigo que trabaja con elefantes me habló de una mujer que decía poder comunicarse con los animales y había ido a ver a un elefante agresivo al zoo. Tras mantener su conversación telepática, la comunicadora informó al cuidador: «A ese elefante le caigo bien. Quiere apoyar la cabeza en mi regazo». Lo más interesante de esa interacción fue la parte que la comunicadora pudo haber entendido: es cierto que a veces los elefantes apoyan la cabeza en el regazo de las personas. Y lo hacen

---

para matarlas: las aplastan con la testuz como uno chafaría una colilla con el zapato.

El filósofo austro-británico de principios del siglo xx Ludwig Wittgenstein escribió las famosas palabras: «Si un león supiera hablar, no lo entenderíamos». En el caso de un pulpo, las posibilidades de malinterpretarlo aumentan considerablemente. Un león es un mamífero, como nosotros; un pulpo es completamente distinto: tiene tres corazones, un cerebro que rodea el esófago y una envoltura de baba en lugar de vello. Incluso su sangre es de un color distinto del nuestro: azul, porque el cobre, no el hierro, es el portador de su oxígeno.

En su clásico *The Outermost House*, el naturalista americano Henry Beston escribe que los animales «no son hermanos ni subordinados», sino seres «dotados de extensiones y sentidos que hemos perdido o que tal vez nunca tuvimos, que viven guiándose por voces que nunca oiremos». Son, continúa, «otras naciones atrapadas con nosotros en la red de la vida y del tiempo, compañeros prisioneros del esplendor y las tribulaciones de la tierra». Para muchas personas, un pulpo no es sólo otra nación, sino un alienígena procedente de una galaxia lejana y amenazadora.

Para mí, sin embargo, Atenea era más que un pulpo. Era una criatura con personalidad —que me caía muy bien— y también, posiblemente, un portal. Me estaba guiando hacia una nueva forma de pensar sobre el pensamiento, de imaginar cómo podían ser otros cerebros. Y me estaba incitando a explorar, como no lo había hecho antes, mi propio planeta: un mundo compuesto principalmente por agua que yo apenas conocía.